

Canapé, por Patricia Castillo

La nueva escuela era grande y opaca. Yo era tan delgada y minúscula que tenía miedo de ser tragada y mutilada en el proceso de adaptación. Es inhumano que los niños tengan que pasar por tales situaciones como tener que mudarse, dejar a sus amigos y regalar a su perro porque en el nuevo apartamento no se aceptan mascotas. Quizá debería existir una escuela para padres, con pupitres incómodos y profesores gruñones, la hora del recreo sería corta, cortísima, y los pasteles de la cafetería estarían fríos e incomibles. Así, tal vez, los padres entenderían cuando sus hijos les digan que no quieren ir al colegio. Es que los adultos olvidan que fueron niños, por eso les hacen a sus hijos lo mismo que les hicieron a ellos sus padres.

Ocupé un pupitre frío al fondo del aula, no hablé con nadie y nadie se percató de mi existencia. Entonces lo vi, entró al salón con mucha seguridad, llevaba unos pantalones caqui que dejaban al descubierto sus medias de cuadros grises y rojos que iban a juego con sus mocasines negros, su camisa blanca, perfectamente acomodada dentro del pantalón, que estaba bien sujetado con un cinturón grueso color marrón. Su pelo era un desastre, parecía que una bomba estalló y los cabellos hubieran intentado escapar en todas las direcciones. Nunca vi nada más fuera de lugar que aquel hombre (aparte de mí misma, claro). Él revisó sus bolsillos y sacó un par de lentes de montura muy delgada, se los colocó y visualizó lentamente todo el salón. Mi corazón se detuvo al sentir que me estudiaba por completo (aunque quizá no fuera así). Tenía unos treinta años de edad y sabía contar los chistes más graciosos del planeta tierra (o por lo menos los chistes más graciosos de mi planeta). Esa primera clase nos hizo levantarnos a todos uno por uno para presentarnos, pero pidió, exclusivamente, que dijéramos nuestro nombre seguido de algo que no nos gustara hacer, decir o escuchar. Fue la primera vez que pude decir en voz alta que odiaba dormir sola en mi cama, porque me encantaba dormir con mamá. Y nadie se burló de mí porque la mayoría odiaba lo mismo. Después de ese día pidió que trajéramos cosas que nos hicieran felices, llevé una fotografía mía con mi abuela, estábamos en la playa. Me hacía feliz, pero por alguna razón comencé a llorar, se acercó y me contó el chiste de la niña de los tres pelos: *“Había una vez una niña que tenía tres pelos, iba al colegio así que le dijo a su mamá que le hiciera una clineja, pero en el proceso se le cayó un pelo. Entonces la niña pidió a su mamá que le hiciera dos coletas, pero en el proceso se le cayó otro pelo. Al final la niña decidió irse con el pelo suelto”*. Me reí tanto que casi me hice pipí. Las clases que recuerdo con más claridad fueron aquellas en las que se detenía frente a todos y gritaba: *“¡SUEÑEN! ¡Sueñen como si no hubiese un mañana!”* Un día bajamos al patio y nos pidió que gritáramos nuestros sueños, todos al mismo tiempo. El escándalo fue tal que la directora tuvo que ver qué pasaba, mandó a callarnos y lo reprendió fuertemente. Él solo gritó: *“¡Dejen soñar!”*, todos nos unimos en coro y era como una ola de soñadores luchando contra la dictadura de los pensadores.

Estaba terminando el año cuando en la salida del colegio unos hombres molestaban a una estudiante de un curso superior al mío, la empujaban y se burlaban de ella. Yo esperaba a mi madre que se había retrasado y lo vi con su pantalón caqui acercarse a la chica, para seguidamente enfrentarse cuerpo a cuerpo a más de cinco muchachos. Uno de ellos tenía una navaja y lo apuñaló dos o tres veces, no lo recuerdo con exactitud, mi madre llegó en ese momento y me ordenó subir al carro, sin importar mis gritos de desesperación

ella arrancó. Él estuvo gravemente herido en el hospital. Supe un tiempo después que había denunciado a los agresores y que estaba en proceso el juicio, necesitaba un testigo aparte de la chica afectada. Mi madre se negó a dejarme colaborar, así que nunca se castigó al muchacho de la navaja, y por supuesto el colegio tampoco se hizo responsable. Sobre todo no se hizo responsable porque el muchacho de la navaja era el hijo de la directora. Yo no pude superar semejante injusticia y llegado el mes de diciembre revisé mi lista de las cosas que no me gusta hacer, decir o escuchar, leí “*no me gusta la gente mala*”. A la semana siguiente horneé galletas con forma de San Nicolás, una de ellas tenía un ingrediente especial: Ají. Un ají bien potente, lo sabía porque mamá le había reclamado a papá que esos ajíes estaban “*para morirse*” de lo picantes que estaban. Claro que, para morirse hacía falta algo más que un ají ¿no? Ese día dejé en el escritorio de la directora una galleta con ingrediente sorpresa y a él le regalé otra normal. Con el pasar de los años comprendí que uno no puede tomar siempre la justicia por sus propias manos, la directora era alérgica al picante y sufrió un coma. Encontraron una galleta idéntica en el bolso de un profesor y fue acusado de intento de asesinato. Mi madre entró en crisis cuando supo toda la verdad y casi no me permite que diga que la culpable era una niña de doce años y no un profesor, pero papá no tenía la conciencia tranquila, así que pude confesar todo. Al final llegaron a un acuerdo, el esposo de la directora retiró los cargos, mis padres “donaron” una gran cantidad de dinero al colegio y el profesor quedó absuelto de todo. Aunque yo nunca pude mirarlo igual porque se me caía la cara de vergüenza.

El último incidente que determinó nuestra historia fue aquel en la fiesta de navidad, el hijo de la directora quería buscar al que intentó asesinar a su madre, no se creía el cuento de que una *niñita* fue la culpable. El muchacho de la navaja ahora tenía varias armas y no venía solo. Entre la confusión del ataque, el hijo de la directora le apuntó al vigilante de la escuela, pero unos segundos antes de que el arma fuera disparada, él, con su pantalón caqui y su cabello hecho un desastre, corrió entre los estudiantes y se puso frente al arma, la bala salió y le dio en el pecho. Fui a verlo al hospital un par de veces, estaba en coma igual que la directora. Duró medio año en coma. Medio año en el que tuve otro profesor con maneras distintas de enseñar. Cuando supe que le habían dado de alta regresé al colegio esperando verlo dando clases o caminando por los pasillos, pero no fue así. Lo esperé en la cafetería los días en que daban hamburguesas, sabía que le gustaban mucho. Lo esperé al día siguiente, y al día siguiente de ese. Nunca volvió. Nunca volví a verlo. Me gradué, entré a la universidad y no supe nunca más de él. Se lo tragó la tierra, desapareció llevándose los recuerdos de mi juventud y solo me dejó este sabor picante en el paladar. Años después, en un reencuentro del colegio donde había vino y canapés, me di cuenta que no soy la única a la que le contó el chiste de la niña de los tres pelos, tampoco la única a la que enseñó a soñar. Me sentí enojada, celosa. Como si acabaran de decirme que quién trae los regalos en navidad son los padres y no hay ningún tipo de magia detrás. Necesito verlo para decirle que él fue el único motivo por el cual no vivo con mis padres, el único por quién volví a comprarme un perro y sobre todo el único a quién nunca pude decirle que fue mi primer amor. ¡Qué amargo estaba el vino! Qué amargas son las despedidas invisibles, esas que no se dicen pero que las sientes cuando ves fijamente a los ojos de alguien. Qué dulces recuerdos que me ahogan en nostalgia. Qué buenos estaban los canapés, y qué cabrón el hijo de la directora, ahora es profesor del colegio.